

mentos de los reyes legítimos; una página más juntada con la historia de sus martirios. Luis Felipe apeló á recursos hábiles y sentimentales, para evitar el juicio de la Duquesa de Berry. En efecto, eran obstáculos graves; el interés del debate; la grandeza de la víctima; el prestigio triple de su sexo, de su maternidad y de su rango; la renovación de los martirios reales; los potentados de Europa, todos parientes de la acusada y todos interesados en el proceso; la familia reinante comprometida por los lazos de parentesco y por las relaciones de la sangre; la Vendée insurrecta de nuevo, la Vendée, vencida, no resignada; ochenta ó cien mil hombres de ejército tendidos desde Burdeos á París, tan sólo para custodiar aquella mujer, que era como la sombra de quince siglos de monarquía; la Cámara de los Pares en presencia de la hija de un rey y de la madre de otro que representaba todavía muchos grandes intereses, y que todavía evocaba muchos gloriosos recuerdos; la condenación imposible y la absolución peligrosa; Europa conmovida por aquel dramático espectáculo y temiendo ver levantarse los convencionales tras los jueces de la majestad caída; en el fondo de tal cuadro las llamas de una revolución. Pero de todos modos era preferible el juicio á la infame cábala que dió por resultado entregarla deshonrada á los ojos de Europa y decaída de la estimación de su familia. La Duquesa se había casado en secreto. Aquella Juana de Arco de la monarquía, por la cual tocó Chateaubriand tanto la trompeta fúnebre de la epopeya legitimista, había venido á Francia para pelear en los campos á fin de restaurar un trono, y sólo obtuvo parir en paz á la vista de sus carceleros, que ni siquiera respetaron el pudor de la mujer y los dolores del parto. La familia de Orleans fué implacable con aquella princesa real, á la que unidos estaba por tantos lazos. Para salvar su corona, ¡ah! no vacilaron en deshonrar su sangre. La Duquesa de Berry era hormana de la mujer de Luis Felipe; ambas á dos sobrinas de María Antonieta y primas de María Teresa.

La Historia tiene mayor importancia y trascendencia que las atribuídas á este ramo del humano saber por quienes la creen un Museo de grandes individualidades disecadas; un acervo de pretéritos hechos juzgados; una colección de séres, cuya vida carece de permanencia y de inmanencia. Los cautivos del Temple, muertos y enterrados, todavía están entre nosotros. Muchos personajes de los que actuaran en la tragedia llegaron hasta nuestros días y entre las generaciones contemporáneas vivieron. El duque de Burdeos, llamado por la oposición hijo del milagro, á causa de la disputa urdida sobre la correlación entre la muerte del padre, del asesinado duque de Berry, á quien le partió el corazón al salir del teatro atroz puñalada, recuerda por sus desgracias inmerecidas y por su destronamiento en la niñez al pobre Delfín martirizado. Carlos X pasa por desgracias análogas con las desgracias de Luis XVI, no tan épicas ciertamente, pero de idénticos matices originadas y cerrando el ciclo de un período tan interesante como el que comprende la definitiva expulsión de los Borbones. La duquesa de Berry se parece á la

duquesa de Angulema. Entre los personajes, en quien la Historia siempre celebrará las repulsiones á la revolución se halla esta princesa probada con innumerables tormentos. Presa en los albores de la juventud; cautiva cuando más necesitaba del éther y del aire de la libertad; habiendo pasado por la pasión de su padre y sufrido todas las brutalidades propias del espasmo revolucionario; separada de su madre, quien fué por el verdugo casi á su vista muerta; separada por los mismos procedimientos y con igual injusticia de su tía, la santa princesa Isabel; sin su hermano consumido á tregos lento en el hogar de un bárbaro como el zapatero Simón; perseguidos sus fieles y cortesanos; dispersa su familia; María Teresa tenía razones múltiples para odiar la revolución y acosarla, sin piedad, hasta en las generaciones que la continuaron y que la extendieron. Por tal manera heredamos la Historia y con tal fundamento decimos á esta herencia un atavismo que los Orleans reciben de sus ascendientes, con anterioridad á la revolución, y legan á sus descendientes, con posterioridad á la revolución, iguales ministerios y finalidades que los representados por ellos durante la revolución. Gastón de Orleans, por los tiempos de Luis XIII; Luis de Orleans por los tiempos del soberbio Luis XIV; el regente Orleans en presencia de Luis XV y en lucha con Felipe V de España, representaban lo mismo que Felipe Igualdad, como á su vez el duque de Chartres, coronado por la revolución del treinta y el conde de París expulsado de los funerales del duque de Burdeos y el duque de Montpensier contribuyendo á destronar á Isabel II, continúan á Felipe Igualdad y aparecen reos de los mismos atrevimientos y acaparadores de las mismas usurpaciones. En las prisiones del Temple había dos niños, un príncipe y una princesa, representantes de dos tipos frecuentísimos en la dinastía borbónica. El príncipe era el Delfín; la princesa era por su parte aquella pobre infanta cautiva que se llama en la Historia María Teresa, y que casada con su primo hermano, hijo de Carlos X, duque de Angulema, no dejó de conspirar un sólo día mientras su familia estuvo en la desgracia, ni de impulsarla ciegamente á la tiranía y á la reacción así que su familia estuvo en el trono. El Delfín era un precioso niño, pero afeinado; la princesa una muchachona, no tan preciosa como su hermano, pero varonil y hombruna. Por estas diferencias de las respectivas complejiones Luis XVII se dejó manejar sin protexa y sin resistencia por el zapatero Simón, cosa que no hubiera hecho María Teresa, valiente, batalladora, enérgica, mujer de pelo en pecho, si es permitido hablar así; muy distinta de su padre y de su hermano, muy dispuesta para el combate, y en esta disposición muy expuesta siempre á recibir grandes golpes; mas también á darlos. Tras la guerra de Troya queda una familia de Atridas, cuyas tragedias nos han transmitido en versos inmortales aquellos dos grandes poetas que se llamaron Sófocles y Esquilo. Pues tras la revolución francesa, queda otra familia de Atridas, llamada familia Borbón, que se asienta en el trono de Francia, en el trono de España, en el trono de Parma, en el trono de las Dos Sicilias; y toda la familia pasa por los mismos desastres y toda

en tal ó cual período llega, como si hubiese recibido una maldición, al destronamiento.

Pasaron en el Temple las alternativas ya narradas desde los últimos días del Enero siniestro en que mataron al Rey, hasta los días del mes de Julio en que mataron á Marat. Y como de esta muerte se originó el terror, esta plaga no podía menos que traspasar y hendir las paredes del Temple y hasta en sus calabozos conocerse. Muchas novísimas pruebas cayeron sobre las espaldas de Antonieta y muchos acerbos dolores amargaron sus labios; pero todo lo pasaba en paciencia con tal de tener á su lado al hijo de sus entrañas; reduciéndose con gusto á su breve persona, de la cual con solicitud cuidaba tiernameamente al fin y objeto de que Luis restaurase la corona y con la corona el esplendor y el poder de su secular dinastía. La sonrisa de aquel niño parecía como esperanza y promesa de otra vida mejor á su madre. Todo cuanto promete y lleva en su seno en una esperanza hechiza nuestra existencia y alivia y disminuye sus penas: el capullo de una flor, el nido de un ave, la luz de un amanecer, la cuna de un niño. Aquella cabecita de Luis ensortijada y rubia; su frente sin arrugas como un cielo sin nubes; su voz de avecilla que pía entre las lanas del nido y bajo las sombras del ramaje; sus juegos tan inocentes; la sencilla conversación llena de interrogaciones; la sonrisa llena de promesas y esperanzas; los labios fluyendo la mieles del amor filial en tales términos embargaban el corazón y el pensamiento de Antonieta, que huía el Universo á sus ojos y con el Universo todos los males guardados para ella en su profundos y dolorosos abismos. La Naturaleza, pródiga siempre, ocurriendo á su propia conservación y la conservación de sus especies, ha hecho fiadora de esta conservación á la madre. Si los nacidos se crían, por la madre se crían. Malograriense sin la madre cuantos por la madre se logran. Como únicamente las tetas maternales guardan el alimento apropiado á la primera infancia, solamente guarda el alma de una madre las nociones indispensables á la educación. Sér fragilísimo en su infancia el hombre, no podría vivir sin el cuidado de una madre, ni una madre consagrarse á cuanto pide la nutrición y la educación de su hijo sin los agujones del amor maternal. Digan cuanto quieran los materialistas, el criterio de los conocimientos humanos jamás podrá reducirse á la razón pura y simple. Hay en el sentimiento un manantial de fenómenos intelectuales con formas y apariencias de varias emociones; pero con realidad y fondo de ideas. La sensibilidad engendra la intuición. Y con la intuición se penetra de un vuelo en misterios donde no puede penetrar con su graduadísimo tardío paso la razón. En vano queréis eliminar el misterio. Como sin las nocturnas sombras no veríais los mundos y los soles innumerables, no veríais sin el misterio las fecundas y luminosas ideas. En cuanto cualquier madre tiene un hijo, tiene en el hijo una revelación. El sér, que ha palpitado en sus entrañas, le ha sugerido desde la higiene hasta lo moral, desde la religión hasta el arte. Para ver cómo quiere una madre, no hay más que amenazar á su cría. Lo mismo bajo tal amenaza, lo mismo se irrita el águila que el ruiseñor. La cochinilla entrega la

propia sustancia, el rojo licor, que aviva el cuerpo, á la prole, quien se alimenta del jugo de su madre, solícita y providencial, hasta el punto de protegerla, cuando tiene agotadas su esencia y sustancia, con su vacío caparazón, como si le continuara el amor maternal después de habérsele concluido la vida. Nuestro sexo necesita más de la educación de una mujer que el sexo hermoso todavía. Las grandes asperezas de nuestra compleción solamente pueden pulirse por la mano tierna y fina de una madre. Antonieta era madre, y además de ser madre, tenía concentrados todos sus amores en la persona del hijo, quien le bebía las lágrimas, le abrigaba el corazón entero contra las inclemencias de prematura viudez, la sacaba del tormento de la desesperación suicida con vivificadoras esperanzas, le arraigaba la fe y la creencia en Dios dando sentido y valor de ser á la vida, con sus juegos le distraía, en sus risotadas y salidas de tono la enloquecía, inspirándole el deseo de vivir por no abandonar este mundo en que aún existía el hijo amoroso de sus propias entrañas.

Tanta y tan grande ventura, imperceptible cuando se posee y se goza, como la salud, á tierra de súbito cayó por otra gran brutalidad del Ayuntamiento revolucionario. Corría la noche del tres de Julio en aquel año de las catástrofes. El delfín acababa de acostarse, pues habían ya sonado las diez. Y, como niño, estaba entregado al sereno sueño de su inocencia. No presentaba cortinas su cama; un chal de la reina semejante servicio hacía, echado y dispuesto de suerte que ni la luz natural del día ni la luz artificial de la noche ofendiese los párpados del acostado. Recosían y reacomodaban los trajes de la familia Isabel y Antonieta. Ocupadas en esta labor, hacían que la infanta Teresa les leyera las páginas de los libros permitidos á su recreo por la tirana Comunidad municipal. Teresa les leyó primero el *Diccionario histórico*, después la *Semana Santa*. En las pausas de aquella lectura, cuando Teresa concluía un salmo de David, ó pasaba en el diccionario de unas letras á otras, la reina descuidaba su labor, viendo al Delfín dormido y aplicando el oído á su regular y tranquila respiración. Por aquel minuto no se veía en el horizonte nube alguna que amenazara la salud física del angelical muchacho. El sueño aumentaba la rosada color de sus mejillas. Juntábansele los párpados larguísimos bajo cejas parecidas á líneas luminosas. Respiraba el pecho y latía el corazón á unísono por modo regular, anunciando la usual circulación de aquella regia sangre. Acababa de mirar á su hijo Antonieta cuando se oye un estruendo en la escalera. Neurasténica la reina, y con incurable nerviosidad, estremeciése de pies á cabeza, presintiendo la triste llegada de una gran desgracia. Con efecto; una delegación de sus atormentadores y verdugos apareció en el dormitorio. Si las regias personas tuvieran alguna relación mayor con la gente de fuera no extrañarían la odiosa visita. Muchas semanas hacía que andaba muy válido el rumor de grandes conspiraciones realistas. Las inútiles maniobras del caballero Fersen jamás lograron redimir á la reina; lo único que hiciera fué, con falsas apariencias de imposible logro, suscitar todo género de sospechas

contra la reina, y, á la postre, perderla. No cabe dudarle un momento: se tramaban conspiraciones realistas sinnúmero y se tendían tales redes al nuevo régimen, que se hallaba en el amarguísimo trance de pasar por inenarrables peligros, y todos ellos peligros de muerte. Robespierre, como buen inquisidor, mandaba espías por todas partes con un sigilo propio de la vieja Inquisición; y los espías, en cambio, le llevaban á su hogar continuas delaciones. Dotado de una sombría imaginación, cuyas sombras aumentaban las proporciones de los casos adversos, no se le ocurría nunca tomar medidas de precaución; se le ocurría siempre tomar medidas de combate. El rumor de un próximo rapto, que vaciase de los cautivos el Temple y aumentara con su regio jefe la emigración, llegó á sus oídos, dispuestos á escuchar la calumnia, y movió su corazón, dispuesto á determinarse por la sospecha. Daban visos de probabilidad á esta delación los innumerables emigrados que se acercaban á las fronteras; á voz en cuello diciendo como estaban dispuestos á redimir la familia real y á inmolar en un San Bartolomé monárquico la Convención. El veintiuno de Junio los convencionales decretaron registros nuevos en el Temple, y recordaron aquellos draconianos decretos imponiendo pena de muerte á cuantos realistas expatriados osasen pisar de nuevo el suelo de la patria, y á cuantos franceses resultasen reos convictos y confesos de haber facilitado á la emigración algún auxilio. Los juramentos prestados al niño rey, Luis XVII, se tomaban por altos delitos de traición, siendo los juramentados reos de lesa libertad. La conspiración se urdía por todos los intereses reaccionarios á un tiempo. El cortesano que se había quedado sin corte y, por ende, sin oficio ni beneficio; el realista movido á perdurable indignación por los tormentos infligidos al rey en su pasión y muerte; los cristianos, adoradores del antiguo clero y del ortodoxo dogma; las familias de los inmolados en las matanzas de Septiembre; los que tenían inteligencias con la coalición europea y los coligados viendo pendientes las espadas del desquite republicano sobre sus cabezas; todos los reaccionarios conspiraban á una, y conspiraban afanosos y tenaces, sin descanso. Así, todo el mundo veía los realistas reunidos en la plaza de Luis XV, y en dos columnas formados, so la dirección en jefe del general Dillon, ir al Temple para libertar la familia real, y á las Tullerías para concluir con la Convención. El austerísimo republicano que se llamaba Cambon propuso novísimo secuestro de Luis XVII, separándolo de su madre, y eligiéndole un maestro apropiado al gusto de la revolución. Los comisarios cuya presencia de tal suerte acongojó á Antonieta, fueron á eso; á coger el delfín y entregarlo al zapatero Simón.

Confesemos no haber dolor tan horrible como este dolor de Antonieta bajo semejante amenaza, ni deseo tan justificado por todas las leyes divinas y humanas como el deseo de guardar consigo al fruto de sus entrañas. Así, en cuanto la intimación oyera, sus talones saltaron cual si los mordiera una víbora y su cabeza se aturdió como al golpe de un rayo. Una palidez de frío tercianario amarilleó todo su cuerpo y una fiebre altísima

siguió al frío. En los primeros momentos no sabía qué hacer, corriendo de un lado á otro de su cárcel como los locos en su jaula. Sus nervios temblaban como los nervios de un azogado y sus dientes castañeteaban al empuje del temblor causado por honda convulsión. «No, no será tal atentado», gritaba retorciéndose las manos y mesándose los cabellos. María Teresa, trémula, se abrazaba de su madre, sosteniéndola y amparándola en aquel sacudimiento. Isabel con su libro santo en las manos, oía y miraba impasible como si la repetición de sus tristes dolores le hubiera quitado la capacidad de sentir. Antonieta ni hablar podía. Un epiléptico balbuceo reemplazaba en ella su habitual afluencia. Nadie sabe como una madre los cuidados indispensables á su hijo, y la madre debía ser reemplazada junto al Delfín por un demagogo. El regazo de amor que hasta entonces le abrigara se tornaba un regazo de hielo erizado por aceradas púas de odio. A tal consideración insistía en que su hijo necesitaba quedarse á su lado, al lado de su madre. «El Comité de Salvación, decían los municipales, ha tomado este acuerdo, y no hay otro remedio sino cumplirlo». En vano Antonieta insistía en que ni al príncipe niño, ni á ella madre, les era posible vivir separados. Cuentan las historias que un sacerdote consolaba con reflexiones religiosas á cierta señora desesperada por haberle faltado su primogénito, muerto de muerte prematura. «Dios, decía el sacerdote, exigió de Abraham el sacrificio de su hijo Isaac». «¿De Abraham? le respondió ella. Pero no hubiera exigido tal sacrificio del corazón de una madre». Antonieta suplicaba con toda humildad, y solamente sus sollozos interrumpían sus súplicas. Y cuando veía la implacable sordera con que los municipales respondían á sus ruegos, se lanzaba sobre la camita del niño, queriendo con su cuerpo del secuestro preservarlo y defenderlo con sus brazos. Una piedra se hubiese ablandado al empape de aquellas lágrimas, como se ablandaron las piedras del Cedrón al llanto de Jeremías, y se hubiera partido al eco de aquellos clamores como se partieron las piedras del Calvario á los clamores de Cristo. El corazón de los municipales quedó impasible. «¿Para qué los aspavientos? decían. No queremos inmolar á tu hijo. Entrégalo de grado, pues, resistiendo inútilmente, sólo conseguirás que nos lo llevemos por fuerza». Y ya comenzaban á separar aquellas mujeres con mano militar de la camita y coger el niño para llevarlo. En esta lucha se rasga el chal que preservaba de la luz el sueño infantil. Salta Luis de su cama y corre desnudo al regazo de su amante madre. «¡No me abandonéis, madre mía, exclamó, no me abandonéis, madre mía!» repite cien veces. Y la madre, como si hubiera querido encerrarlo de nuevo en su vientre, lo escondía entre sus brazos y lo tapaba con sus ropas. Algunos comisarios quisieron arrancárselo, pero uno los llamó al orden, echándoles en cara el hazañoso hecho de combatir con mujeres. «Que suba la guardia». Gritaron algunos. «No hagáis tal por Dios, exclamó la princesa Isabel, tenéis á vuestra disposición la fuerza, y contra esta fuerza no tenemos nosotras la indispensable resistencia. Contra lo imposible no hay defensa. Pero dejadnos algún asomo de consuelo

y permitid á nuestros destrozados pechos algún minuto de respiro. Dejad que duerma en paz el niño esta noche. Mañana os lo entregaremos». Nadie respondió á esta súplica. La reina pidió que no lo alejaran de la torre y le permitiesen verlo, aunque fuese por un agujero, todos los días.

Los municipales añadían á la crueldad del hecho la crueldad del comentario, cuando tan fácil á los brutos aquellos fuera, por humanidad, atenuar sus actos con sus palabras. Así, contestaban á la reina diciéndole tener también ellos hijos y haberlos mandado á la frontera, exponiéndolos á tiro mortal de la coalición por ella presidida é inspirada. La Reina, cada vez más atribulada, sabía excusar al hijo por la edad en aquel coloquio, pero no sabía excusarse á sí misma de tantos y tan graves cargos. Y hablaba sin tasa, con gran desorden, á roso y velloso, por Luis. Sin duda, prolongaba la conversación aquella tan penosa por evitarse algo más penoso todavía: la separación y la partida del niño. Pero, apremiada por los municipales, púsose á vestir la personita de su Luis. Las dos princesas le ayudaban en esta fácil tarea; y, aunque tres para vestir á uno sólo, no acababan nunca. Examinaban cada objeto de aquellas vestiduras, lo limpiaban, lo ponían en el cuerpito de Luis con suma lentitud, lo miraban y remiraban, terminando la operación al momento en que no podían pasar por otro punto, y su tardanza tomaba cierto aire de burla y engaño. Pero no hubo más remedio que hacer de la necesidad virtud. Antonieta recogió todas sus fuerzas; remontó todos sus nervios, acoró todos sus músculos; apercibiéndose con verdadera serenidad al sacrificio. Así en una silla se asentó, y poniendo al niño entre sus dos rodillas, le dirigió una plática, sin verter lágrimas; ni despedir suspiros, diciéndole cómo no había otro medio en lo humano sino separarse, y cuánto necesitaba en esta separación acordarse de los buenos principios inculcados en su ánimo por sus padres, adorando la providencia de Dios en todos sus actos y en todos sus pensamientos, así como sirviendo al pueblo y á la humanidad en todo lo posible. Y, dicho esto, besó en la frente al hijo con beso resonante, y lo entregó rígida y serena, con resolución sobrenatural, á sus calumniadores y verdugos. El niño no quería irse. A medida que su madre le señalaba la puerta y los sayones con más imperio, él á las rodillas de su madre se asia con más cariño. Antonieta no pudo convencerlo ni persuadirlo á irse, pero sí obligarlo, entre las protestas de los municipales, quejosos por haberse consumido en tal escena tanto tiempo. El niño se fué llorando, y los portones de la cárcel para siempre, por toda una eternidad, lo separaron y dividieron de su familia, tallo tierno y débil que no podía vivir y crecer sino agarrado al tronco, manantial de su vida y base de su cuerpo. En cuanto cerraron las puertas cayeron de hinojos las tres mujeres sobre aquel fúnebre pavimento. Sus ayes y sus sollozos no tuvieron medida ni número. Antonieta se tendió sobre la cama de su hijo, como un cadáver en su ataúd, pidiendo un resto del calor y de la vida del niño á los objetos que él había tocado y á las ropas que le abrigaran en sus nocturnos sueños. La tensión á que

hubieran de obligarla los momentos anteriores á la separación cedió; y así como antes parecía una furia, desde aquella hora parecía una muerta. En sus dolores había presentado muchos males; pero nunca el enorme de aquella separación. La pasionaria, la perpetua, el mirto, las flores del dolor y de la muerte guardan sus capullos; la hiena, el tigre, el león, los animales carniceros guardan sus cachorros, ¿por qué no había ella de guardar sus hijos? Escoltado por los municipales idos á recogerlo, el rey Luis XVII entró en la misma torre del Temple donde agonizara su padre. Un siniestro compañero, guía, tutor, maestro, como queráis llamarle, aguardaba su pupilo, mejor dijéramos su presa. Tal hombre, ceñudo y feroz, se llamaba Simón, y perteneció desde su generación y nacimiento al gremio y oficio de zapateros. Cincuenta y siete años á la sazón el atormentador contaba; mas, por las canas de su pelo y por las arrugas de su rostro, parecía contar muchos más. De mediana estatura, de cuerpo robusto, de tez bronceada, de pelo muy lacio, de fuerza muy grande, todo su sér delataba una rudeza muy vecina de la crueldad. Vivía junto á la casa misma de Marat y frecuentaba el club de los franciscanos, donde solía oír al dios de las venganzas, al oráculo de los exterminadores, al motor de los exterminios. Acompañábale una mujer de natural grosero, gorda y baja y fea, la cual, revestida de rojas insignias, mostraba en ellas títulos suficientes para pertenecer al gremio y consejo de las implacables calceteras, congregadas en torno de la guillotina con objeto de presenciar las agonías y las muertes de los reaccionarios y de los traidores. Criada primero de una taberna, después de una señora bien acomodada, recibió dos modestas herencias, y con ellas compró la mano de Simón. A tales personas encomendaron los convencionales en este momento la custodia del nominal reyecillo Luis.

Corrió el mes de Julio, en que los espasmos y coletazos del terror crecieron á dos causas bien claras: la insurrección de los departamentos girondinos, la muerte á Marat infligida por Carlota Corday, repercutiendo ambos hechos con terrible repercusión en el Temple. Antonieta llevaba en aquel siniestro sitio una vida de reclusión perpetua y claustral. Ni siquiera quería bajar al jardín, tomando el aire más oxigenado en la cumbre de aquella torre. Esta cumbre se había dividido en dos grandes porciones por una empalizada. En una porción paseaban la reina y las princesas; en otra porción paseaban los guardianes de Luis y Luis mismo. Las sendas porciones podían descubrirse desde cada cual por las rendijas del tablaje con que la empalizada se había construido. La reina pegaba todo su cuerpo á las tablas, por cuyas rendijas se puso la infeliz á ver si atisbaba ó no á su hijuelo. Solamente una casualidad podía procurarle tal satisfacción y esta casualidad sólo podía esperarla del acaso á que llamamos sino. Inútilmente pasaba sus días Antonieta en aquellas alturas; inútilmente se desojaba inquiriendo con su vista el arribo de su amor; inútilmente reprimía el aliento para oír con más facilidad lo sucedido allende las separatorias tablas; el pobre Luis no parecía. ¡Cuántas veces una resonancia de pasos, un